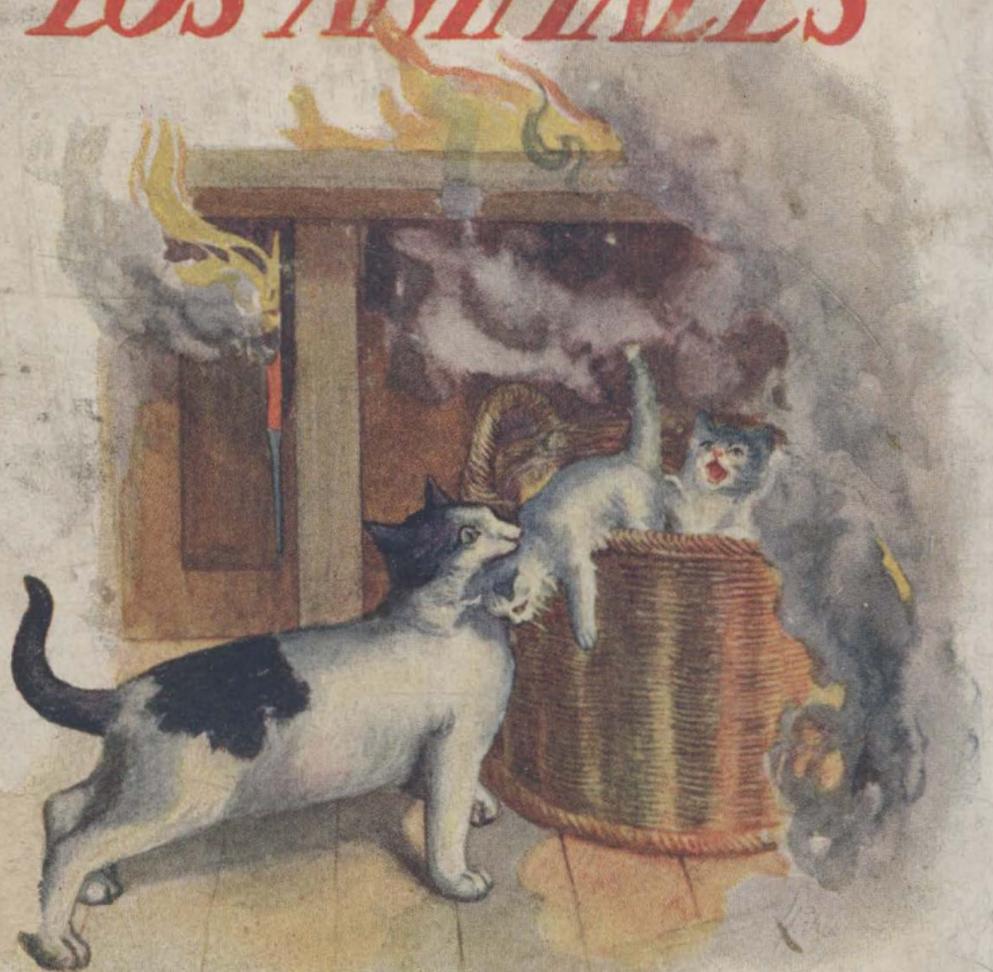


*Biblioteca Selecta*

# *EL INSTINTO DE LOS ANIMALES*



17

RAMÓN SOPENA  
PROVENZA 97  
BARCELONA

R<sup>C</sup>  
32-8



00002379

18

APROBACIÓN ECLESIAÍSTICA

VICARIATO GENERAL  
DE LA  
DIÓCESIS DE BARCELONA

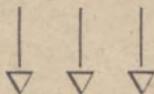
NIHIL OBSTAT  
EL CENSOR,  
AGUSTIN MAS FOLCH

Barcelona, 25 de febrero de 1918.

IMPRIMASE  
EL VICARIO GENERAL,  
JUSTINO GUITART

POR MANDATO DE SU SRÍA.,  
RAMÓN M.<sup>a</sup> FERRÁN  
*Vice Canc.*

BIBLIOTECA SELECTA



MIGUEL MEDINA

EL INSTINTO  
DE LOS ANIMALES

29.125



BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS

BARCELONA  
RAMÓN SOPENA, EDITOR  
PROVENZA, 93 A 97



**Derechos reservados.**

# EL INSTINTO DE LOS ANIMALES

---

## CAPÍTULO I

### EN ANIMALANDIA

El señor Trompón era un personaje popular en Selvilla de Abajo, pequeña población rural del reino de Animalandia. Gordo y corpulento como buen elefante, rebosaba bondad como casi todos los seres grandullones, y, como buen paleta, tenía mucho de eso que los hombres llaman gramática parda, pero le ocurría lo que a todos los que no han estudiado nada en este mundo ; bien por pereza, bien por falta de medios ; el señor Trompón era un talento en bruto, un talento selvático que embelesaba a sus oyentes contándoles cosas, porque, en cuanto a memoria, ¡ vaya si tenía memoria el señor Trompón ! Esto, unido a su ya larga existencia, hacían de él una especie de enciclopedia con trompa.

Los vecinos de Selvilla de Abajo tenían por costumbre reunirse al atardecer en la plaza del pueblo, plaza que no era sino un claro del bosque, a discutir sus asuntos y a escuchar las sabias palabras del señor Trompón que, como viejo, era experto, y ya sabemos que la experiencia es madre de la ciencia, y en aquel casino rústico no faltaban enseñanzas para ningún animal, desde la astuta zorra hasta el infeliz e inofensivo galápago.

Cierto día recayó la conversación sobre el talento de los animales, y cada cual empezó a alabarse a su manera :

— ¡ Qué estúpidos son los hombres ! — exclamó un sesudo asno, vecino del pueblo—. ¡ Lllaman animal al que es ignorante, cuando los animales sabemos más que muchos hombres !... Eso es imperdonable, pero todavía lo es más que llamen burros a los chicos desaplicados... ¡ Si los burros somos los seres más inteligentes del mundo ! Vecinos, perdonad mi inmodestia, pero gritad conmigo : ¡ vivan los borricos !

— ¡ No nos da la gana ! — replicó, bastante picado, un mono allí presente, creyéndose el portavoz de todos los demás vecinos—. Antes se ha de gritar : ¡ vivan los monos !, porque nosotros sí que sabemos cosas...

— ¡ Más sabemos las lechuzas ! — terció desde lo alto de una rama un ave de la especie mencionada.

— ¡ Cállate, noctámbula !—pió un gorrioncillo—.

Más sabemos nosotros que nos levantamos al amanecer.

—¡Guau, guau! — ladró un perro—. ¿Olvidáis nuestra proverbial inteligencia?

—¡Silencio! — bramó el señor Trompón—. Todos tenemos razón. El que no vale para una cosa sirve para otra, y de nuestra importancia en el mundo tenemos la prueba de que el buen Dios dedicó nada menos que dos días de los seis de la Creación a formarnos, y que un santo como San Francisco de Asís no desdeñaba llamarnos hermanos. Historias sé yo, aprendidas en mis ya largos días, que os convencerían muy bien de lo que afirmo, pero no quiero hablar. Cuente cada cual una historia verídica que demuestre el instinto de su especie y ya veremos quién se lleva la palma.

—¡Muy bien dicho, señor Trompón! Es usted la sabiduría con trompa y con colmillos—dijo una hormiga que se le había encaramado a lo alto de la cabeza para ver mejor y para que no la pisasen porque tenía callos.

—Haz el favor de callarte y estarte quieta, que me haces cosquillas con las patitas.

—Usted dispense, señor Trompón — replicó la hormiga, que tenía la mala costumbre de ser muy replicona—, no sabía que era usted tan sensible.

La discusión entre el elefante y la hormiga se habría prolongado seguramente, porque no hay gente que se lleve peor que los gigantes y los ena-

nos, pero impuso orden el grave marabú, enderezándose, abriendo su enorme pico y diciendo :

—Entiendo yo, amigos míos, que lo propuesto por nuestro común amigo, el sabio señor Trompón, es acertadísimo, y me extraña que pierda el tiempo discutiendo con un ser tan insignificante como la hormiga. He dicho.

—Sepa usted, señor marabú — replicó airada una pulga, que había estado entretenida picando al perro—, que en el mundo no hay seres insignificantes. Yo, por ejemplo...

—¡Silencio! ¡silencio! — vociferaron varios de los presentes—. Organícese la discusión. ¿Quién habla primero?

—¡Que hable el señor Trompón!

—No lo haré, hasta que no hayáis contado vosotros alguna historia interesante — repuso el aludido—, porque si empiezo a hablar no vais a poder meter baza ninguno. Olvidáis, sin duda, que yo soy entre todos los honrados animales que pueblan este pícaro mundo dominado por el hombre, el que posee mejor memoria. Yo tuve un pariente que estuvo dos años en cautividad; luego se escapó y vivió libre durante quince, y cuando lo volvieron a coger recordaba perfectamente todas las voces de mando que le habían enseñado.

—¡Bah! — terció un fogoso caballo que se hallaba presente—. Mi padre recordaba el camino, la casa y el sitio de las cuadras después de una ausencia de ocho años.

— Me parece muy bien todo eso — dijo el elefante—, pero procedamos con método. Que hable... que hable el perro, que es el que tiene fama de poseer más desarrollado el instinto.

El gato, que era muy envidioso, hizo ¡ fu ! al ver que se concedía la palabra a su enemigo proverbial antes que a él, pero tuvo que aguantarse, porque lo había mandado el elefante, y en diciendo una cosa el señor Trompón... punto redondo.

## II

### LADRA EL PERRO

El perro se adelantó, obedeciendo el mandato del anciano de la aldea, se rascó elegantemente una oreja y ladró en estos términos :

— ¡ Malditas pulgas ! Me están dando la matraca, pero me tengo yo la culpa por no ser aseado. Mi padre, que era un señor de fino olfato y larga cola, que, además, tenía mucho talento, me enseñó a quitarme estos parásitos metiéndome en el río poco a poco, empezando por el hocico y concluyendo por dejar solamente la punta de la cola fuera del agua. De este modo, las pulgas, buscando la salvación, se refugian en el único punto seco que les queda, y luego no hay que hacer sino sacudirse bien. Se queda uno sin una pulga : lo garantizo.

— ¡ Cuánto sabes, compadre ! — murmuró el lobo.

— Si el perro no tiene que ladrar más que eso,

más valía que se hubiese estado callado — dijo la comadreja, que era muy descontentadiza.

—Espera un poco, hermana — replicó el perro—, que de tanto como puedo decir no sé por dónde comenzar. Tengo yo un tío, ¡oh, impaciente comadreja! que sabe hacer recados, va solo a las tiendas, no se equivoca nunca en las señas, y cuando no le entregan lo que tiene costumbre de ir a buscar, lo da a conocer por señas. Además, acompaña a su amo que está viejo, y lo conduce con perfecta seguridad por las calles que diariamente acostumbra recorrer. Como mi pariente es algo goloso, metió una vez la cabeza en una olla para lamer no sé qué desperdicios, y como la olla se le quedase encajada a modo de bozal le dió un golpe contra el suelo y se desembarazó de ella. Luego le pegaron sus amos una paliza, pero no me negaréis que mi pariente tenía ingenio.

—¡ Tu pariente era un goloso de marca mayor! — comentó el oso—. A mí no se me ocurriría jamás ponerme a lamer una olla.

—En cambio te gusta comerte los panales de miel. A ti te pasa lo que a los hombres, que ven la viga en el ojo ajeno y no la paja en el propio — replicó el perro.

—Razonar con refranes revela poco ingenio, amigo perro — dijo el elefante—, pero lo que no se puede perdonar es el emplear refranes y decirlos mal.

—Es que me he equivocado — repuso el perro—.



.. metió una vez la cabeza en una olla para lamer no sé qué desperdicios... (Pág. 10.)

Déjenme continuar mi relato. Individuos hay de mi casta que cuidan grandes rebaños sin pastor ninguno y no pierden ni una res, y no digamos nada de los perros de San Bernardo, que saben buscar y socorrer a los caminantes perdidos en la nieve, y los lamen si han perdido el conocimiento para hacerlos reaccionar. Yo mismo, aunque me tachéis de inmodesto, puedo preciarme de listo. Cuando era jovencillo, ¡ja! ¡ja! ¡ja! — siempre que lo re-

cuerdo me río — en las cercanías de mi casa había un convento donde se daba diariamente de comer a los pobres. Las raciones se entregaban por el turno. Cada pobre que llegaba tocaba una campanilla que había inmediata a dicho turno, y el hermano tornero le servía una cazuela. Yo, que era bastante tragón y que lo sigo siendo, a Dios gracias, me fijé en la operación y se me ocurrió saltar al cordón de la campanilla para hacerla sonar y me dió el gran resultado. El hermano, al oír la campanilla, creía que era un pobre y sacaba una cazuela de comida en el turno. ¡Qué banquetes me di, Dios mío!... Lo malo fué que abusé de la campanilla; descubrieron el juego y, un aciago día, en vez de ver aparecer la cazuela, apareció detrás de mí el demandadero del convento con un grueso garrote y tuve que abandonar el campo con el rabo entre piernas. ¡Ah! En aquellos días comía catorce veces diarias. ¡Me relamo de gusto recordándolo!... Menos mal que el padre prior, maravillado de mi ingenio, mandó que me dieran todos los días una ración de comida; ¡pero nada más que una!... ¿Y qué me decís de mi hijo? Desde que se cayó en un pozo seco y estuvo a punto de morirse de hambre porque tardamos en encontrarle y sacarlo, en cuanto le sobra un hueso lo echa al pozo por si vuelve a caerse alguna vez, que no le falte comida.

—Si ese perro sigue hablando, no vamos a poder meter baza ninguno. ¡A ver! Que se calle el

perro y hable otro animal — gritó uno de los presentes.

— ¡Guau! ¡guau!... ¡Miau! ¡miau!... ¡Mu! ¡mu!... ¡Berrrr!... ¡Ju! ¡ju!...



...y se me ocurrió saltar al cordón de la campanilla para hacerla sonar... (Pág. 12.)

La baraúnda era infernal. Todos querían hablar y ninguno se entendía, como ocurre cuando discute gente mal educada que quiere hablar a un tiempo.

El tumulto se calmó gracias a un trompetazo del elefante y a unos cuantos topetazos bien repartidos por el toro, y ocupó la tribuna el segundo orador.

## III

## MAÚLLA EL GATO

—¡Gurrumiau! — dijo el gato adelantándose con ese andar sinuoso y reposado que caracteriza a los felinos—. Voy a hablar en mi idioma, porque aquí nos entendemos todos, aunque esto parece una torre de Babel. ¡Miau! (Esto quiere decir amigos míos). Guardo yo un libro que se lo quité a unos ratones que lo estaban royendo, en el que se cuentan cosas peregrinas acerca de la inteligencia de mis congéneres. En primer lugar, está demostrado que los gatos queremos mucho a nuestros hijitos a pesar de nuestra fama de egoístas.

—¡Vaya una cosa!... ¡Querer a los hijos! — exclamó con desdén el canguro—. Mi mujer tiene una bolsa en el vientre, y los lleva metidos en ella cuando son chiquitines para que no corran peligro.

—Pues, ¿y yo?—agregó la zarigüeya—. Yo los llevo a cuestras, y, para no caerse, se agarran con sus colitas a la mía, que, a Dios gracias, es prensil como la de algunos monos.

—¡Gurrumiau! — gritó el gato, algo amoscado—. O habláis vosotros o hablo yo.

—Tiene la palabra el amigo gato y los demás

deben permanecer callados—ordenó el señor Trompón—. Hable, pues, el amago.

—Decía — continuó el gato—, que nosotros queremos mucho a nuestros hijos y es verdad. Una gata de cierto establecimiento público tenía cuatro gatitos en una cesta detrás del mostrador. Los había puesto allí su amo para que la gata pudiera cuidarlos y echar al mismo tiempo un ojo a los ratones. Un día se declaró un incendio en el establecimiento. El humo era tan espeso que no se podía entrar, ni ver, ni respirar, pero la gata entró y a los pocos momentos salió con un gatito en la boca y lo depositó a los pies de su amo que estaba en la calle. En seguida volvió a entrar, y aunque estaba medio cegada y asfixiada, repitió tres veces más la operación. Ya tenía tres gatitos salvados. Su amo la cogió para que no entrase por el que la faltaba, pero la gata se puso furiosa como loca y tuvo que soltarla. La casa era una hoguera, pero la gata se precipitó entre las llamas en busca del hijito que le faltaba... Su amo la aguardó con impaciencia, pero la gatita no volvió a salir. Había dado su vida por su hijito... Cuando quedó apagado el fuego los bomberos encontraron los restos carbonizados de la madre y del hijo juntos. ¿No os parece esto, amigos míos, un bellissimo rasgo de amor maternal?

—Es un heroísmo que conmueve—dijo llorando un cocodrilo que había salido del río expresamente para asistir a la reunión.

—¿Y qué me decís — continuó el orador — de los gatos que van a la escuela? En París hubo una dirigida por un individuo muy amante de nosotros, que nos enseñaba pacientemente. Además, hacía una obra de caridad porque recogía a los gatos golfos que andaban por la calle y por los tejados sin amo y sin hogar, y se los llevaba a su casa. El primer mes, además de darles bien de comer, les dejaba hacer lo que querían para ver qué tal carácter tenían, y después comenzaba su educación con tanta bondad, que conquistaba su gatuno corazón, porque también los gatos tenemos sentimientos y somos agradecidos, digan lo que quieran nuestros detractores. Las lecciones las enseñaba con halagos y no con palos, porque eso de que la letra con sangre entra, sería en los tiempos de Mari-Castaña: ahora se educa de otra manera. Y aquel hombre nos enseñaba una porción de cosas; obedecíamos sus voces de mando como corde-ritos y jugábamos con pájaros y ratones sin sacar las uñas.

—A propósito de gatos — dijo un loro que estaba encaramado en una rama—. Yo sé una historia que tiene bastante gracia.

—¡Que la cuente! ¡que la cuente! — dijeron a coro los reunidos.

—Escuchad — repuso el loro—. Un señor llevó a su casa un loro verdecito como yo y lo puso en una percha de las que acostumbran a ponernos los hombres para que nos encaramemos. El gato, úni-



...jugábamos con pájaros y ratones sin sacar las uñas.  
(Pág. 16.)

ANIMALES.—2

co animal que hasta entonces había vivido en la casa, contempló con sorpresa al nuevo vecino, entre otras cosas, porque nunca había visto pollos verdes, y creía que aquel ave era un pollo. De repente, antes de que su amo pudiera impedirlo, dió un brinco y se encaramó en la percha junto al loro. El señor se precipitó a salvarlo, pero su auxilio no fué necesario. El gato oyó con asombro que le decía una voz gutural: «¿Te has desayunado?» El gato dió un salto hacia atrás como si hubiera oído un cañonazo. Se habían trastornado en un instante todas las ideas que tenía formadas sobre las aves. Las había oído cantar, graznar y chillar en el patio, en el jardín y en los árboles: sabía que las gallinas cacarean, que el gallo hace ki-ki-ri-ki, que los patos graznan, que muchos pájaros silban, pero jamás había oído a ninguno hablar... El loro continuó. «¿Qué has desayunado? ¡ Un hueso!, ¡ un hueso!, ¡ un hueso!... ¡ Ja! ¡ ja!... ¡ Lorito real!» y se puso a canturrear con gran desafinación. Aquello fué demasiado para el minino. Ya no miraba al loro como un objeto que podía saciar su apetito; ¡ sabía hablar! Chasqueado y asustado, saltó al suelo y pasó el resto del día escondido debajo del sofá.

—Es gracioso el chasco — exclamaron los oyentes—. ¡ Que siga hablando el gato!

—Escuchad, pues. Durante un invierno muy crudo, cierto señor bondadoso tomó la costumbre de echar migas de pan por la ventana, y el gato

de la familia que vió que las migas atraían a los pájaros, se escondía y caía de pronto sobre los alados visitantes. Una vez que nevaba mucho cubrió la nieve las migas y el gato se puso a escarbar para dejarlas al descubierto a fin de que acudiesen los pájaros y poder zamparse alguno.

## IV

## HABLA EL LORO

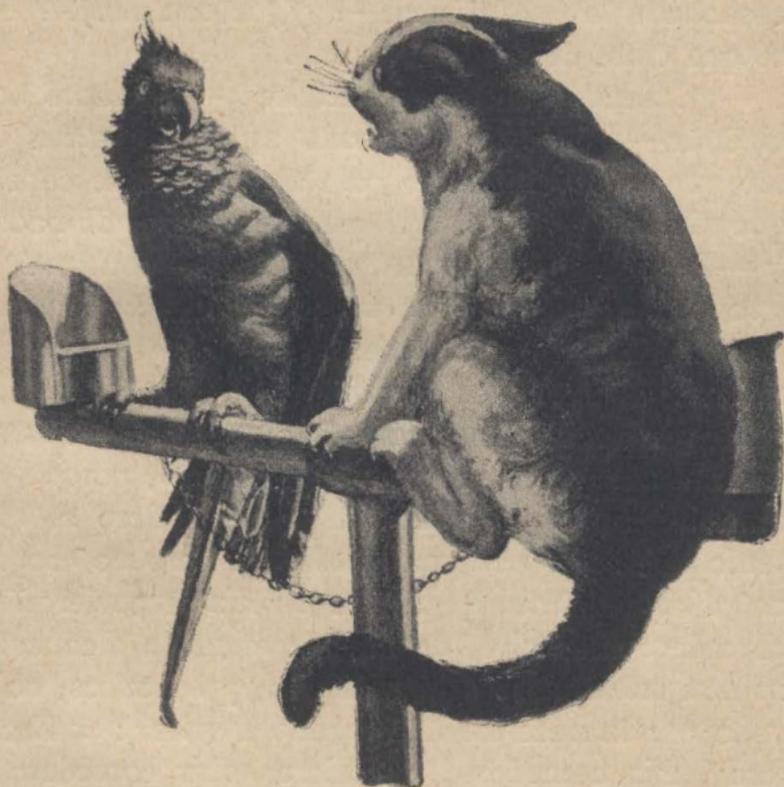
—¿Quién habla ahora, señor Trompón?

—Ya que ha metido baza antes, que hable el loro si tiene algo que contar.

—¡Que si tengo que contar! — exclamó el aludido—. A un pájaro que habla no le falta nunca algo que decir, y eso que hay loritos que apestan con no salir nunca del «¡Corre, corre!» o del «¡Lorito real, por España y Portugal!» ¡Simplezas! Eso no es hablar. Estadme atentos y veréis lo que es un loro elocuente. Una vez fué cogido un ladrón gracias a un loro. Entre las dos y las tres de la mañana los ocupantes de la casa fueron despertados por los penetrantes chillidos del loro, y al acudir a ver qué ocurría, el amo de la casa encontró un hombre en la habitación. El ladrón se había quedado tan sorprendido ante su inesperado delator, que se dejó coger sin intentar huir.

»Una señora que vivía sola en una casa muy grande sin más compañía que la de una criada

sorda, enseñó a su loro a decir: «¡ Tráeme la escopeta! ¡ tráeme la escopeta!», y la enseñanza dió un resultado excelente, porque una noche entraron dos ladrones en la casa y mientras llenaban un saco con las cosas que habían robado, comenzó a gritar el loro: «¡ Tráeme la escopeta! ¡ tráeme la escopeta!», y los ladrones huyeron.



...y se encaramó en la percha junto al loro... (Pág. 17.)

»De lo que valemos los loros es buena prueba los precios que a veces se pagan por nosotros. Cerca de mil duros pagaron por uno que sabía lo menos

cien palabras en inglés y en alemán. Y una vez que se estaba ahogando un loro en el río Támesis, gritó : « ¡ Veinte libras por un bote ! » y un botero que oyó el grito acudió en su socorro y luego pidió al amo del ave el dinero ofrecido por ella cuando estaba en peligro.

—Perdona, hermano — interrumpió un topo que escuchaba la conferencia—. ¿Qué son libras? No sé qué clase de moneda es ésa.

— ¡ Cuidado que eres ignorante ! — exclamó una cigüeña—. Una libra es una moneda inglesa de oro que vale veinticinco pesetas. ¡ Cómo se conoce que vives debajo de tierra y no te enteras de nada !

—Lo más gracioso del caso fué — continuó el loro sin hacer caso de la interrupción—que cuando el amo del loro y el botero salvador estaban discutiendo el precio del salvamento, dijo el ave : « Dale cuatro cuartos ! » También sé de otro loro que sabía decir «sube», «comedero» y «escalera», porque su amo le ponía la comida en un comedero al que tenía que subir por una escalerita, pero no coordinaba las palabras hasta que un día le pusieron el comedero más alto, de modo que no lo alcanzaba ni aun subiéndose a lo más alto, y entonces, obligado por la necesidad, comenzó a gritar : « ¡ Escalera subir comedero ! ¡ escalera subir comedero ! » Oyendo un día y otro a los niños de la casa dar la lección aprendió muchas cosas, entre otras la tabla de multiplicar, y decía : « Una por una es una, dos por dos son cinco, tres por tres, nueve », y

así casi todos los números. Solamente se le había atravesado el dos por dos, y siempre, en vez de decir cuatro, decía «dos por dos, cinco». Por más que hicieron sus amos, no lograron que dijese bien este número.

## V

## EL ASNO REBUZNA

—Ahora tiene la palabra nuestro amigo el asno — dijo el señor Trompón.

—No sé si me sabré explicar, porque siempre he andado entre pobres y la pobreza no suele ir acompañada de la elocuencia, porque para ser elocuente hay que gozar de cierta independencia que...

—Me parece que empiezas el discurso mal, amigo asno — interrumpió un mochuelo que escuchaba atentamente—. Apenas has abierto la boca y ya has dicho unas cuantas tonterías. ¡Al grano! ¡al grano!

—¡Qué más quisieran muchos parientes míos! Lo malo es que para ellos no hay grano; ¡gracias que les den alguna berza! Ya sabéis que al asno le llaman el amigo del pobre, y desgraciadamente los pobres tienen poco que dar... Bueno, estoy conforme contigo, hermano mochuelo; he comenzado mi discurso diciendo unas cuantas tonterías, burradas, si os parece, pero, ¿qué queréis que diga un pobre burro sino burradas? Pero, de eso a con-

siderarnos tontos de remate media un abismo. Pueden contarse muchas historias que prueban lo contrario, y vais a oír algunas, pocas, porque la alabanza propia envilece. En un lugar cuyo nombre no recuerdo, ni os importa, se saca el agua de un pozo por medio de una especie de noria que allí llaman rueda, y a aquella rueda la hacía dar vueltas cierto borrico que, por cierto, se llamaba Jacobo. Cuando hacía falta agua, el amo del burro no tenía más que decir: «Necesito agua, Jacobo», y en seguidita el animal, que en este caso demostraba un talento digno de mejor nombre, se encaminaba a la rueda y comenzaba a darla vueltas, deteniéndose siempre en el debido momento. Entonces volvía la cabeza para avisar a su amo que ya estaba lleno el cubo.

En otro pueblo de estas cercanías hay otro burro que en cuanto ve sin agua la alberca, se pone a dar vueltas a la noria, sin que nadie se lo mande, de suerte que su amo no tiene que preocuparse más que de tenerle suelto. Y por si estos dos casos os parecen poco para demostrar nuestro instinto, voy a contaros otro que es definitivo. Cierta vez tenía su cuadra en un cobertizo junto a una gran huerta a la cual no se podía entrar más que por una puerta que se cerraba con un picaporte. Un día el amo del burro, que era también amo de la huerta, encontró huellas del animal en las sendas y en los lechos de plantas, pero con gran sorpresa observó también que la puerta estaba perfecta-

mente cerrada con su picaporte. A la noche siguiente se puso a acechar, y vió, con el asombro que os podéis imaginar, que el burro salía de la cuadra, se ponía de manos y levantaba el picaporte. Abierta la puerta entraba en la huerta, se daba un pequeño banquete de hortalizas y se retiraba tranquilamente, teniendo mucho cuidado de volver a cerrar la puerta con su pestillo. Estos casos que os he contado justifican que haya habido personas que se hayan interesado por nosotros hasta el punto de constituirse en defensores nuestros, como cierto conde inglés que, compadecido de los malos tratos que sufrimos por parte de personas más animales que nosotros, emprendió una campaña en nuestro favor concediendo premios a los amos de burros que nos trataban mejor y, además, regalaba un burro a todo pobre que lo pedía y que por sus buenas costumbres y bondadosas condiciones de carácter era una garantía de nuestro buen trato.

—Me parece que el burro ha rebufado ya bastante y que debe dejar la palabra a otro de los presentes — dijo el mochuelo que le había interrumpido anteriormente.

—Tú debías callarte y no interrumpir a los que están hablando, pero ya que le has cortado el hilo del discurso al compañero burro, que se adelante otro de los aquí presentes y diga lo que tenga que decir.

Oyóse un rugido formidable y avanzó, majestuoso, un león de grandes melenas.

—Aunque me llaman el rey de los animales — dijo el león—, no soy orgulloso ; que ésta es la condición de los verdaderamente grandes. El orgullo es defecto de los pequeños engrandecidos por la suerte o por las circunstancias. Si yo fuera orgulloso no habría permitido que hablase nadie antes que yo. Pero ya lo habéis visto : he dejado usar de la palabra hasta al modesto asno, y le llamo modesto con conocimiento de causa, porque si no fuera modesto quizás os hubiera contado una historia que él sabe tan bien como yo. Me refiero al insólito hecho de que uno de su especie haya vencido a uno de la mía. El caso que nuestro amigo el burro ha pasado en silencio, ocurrió en Italia. En una población rural, algo mayor que ésta en que habitamos, había uno de esos circos ambulantes que recorren los pueblos en tiempo de ferias, y de aquel circo formaba parte obligada una pequeña colección de fieras, entre las cuales había un magnífico león. Un día entró un chicuelo en la barraca y empezó a molestar al animal de tal manera que lo puso terriblemente furioso hasta el punto de que, por abalanzarse sobre el importuno, rompió los débiles barrotes de la jaula y salió corriendo al campo. Con el mismo ímpetu de la embestida, pasó por encima del chico sin verle y se fué derecho hacia un pacífico asno que pastaba por allí tranquilamente junto a unos trabajadores, los cuales se dieron cuenta de lo que ocurría y, más ligeros que el viento, se encaramaron en los árboles. El

inusitado movimiento llamó la atención del burro, y, al ver la causa de la alarma, se dispuso a luchar valerosamente. En efecto: aguardó arrogante-mente la llegada del león que iba flechado hacia él, y cuando iba a caer sobre él, volvió grupas y le recibió con un par de coces. Más furioso el león por el recibimiento, le acometió de nuevo, y el burro le recibió otra vez con las patas traseras. El combate continuó así, cada vez más encarnizado, hasta que el león cayó muerto con el cráneo destrozado a coces. El valeroso burro también pagó con la vida su hazaña, porque murió a las pocas horas desangrado. El león le había hecho materialmente tiras el pellejo. Como veis, el burro es tan valiente como el que más cuando llega el caso. Ahora hablemos de mí o, mejor dicho, de mi especie. Antigamente tenían los reyes de Inglaterra una verdadera casa de fieras particular en un edificio que todavía existe y que se llama la Torre de Londres. Entre los animales que allí se guardaban había un león de noble presencia, al que se le denominaba el «león del rey». El hombre que cuidaba de aquellos animales exigía a cada visitante el pago de una pequeña cantidad o la entrega de algún bicho pequeño que sirviera de alimento a las fieras. Un día entró un hombre con un perrito negro que había encontrado en la calle. El perrito fué echado a la jaula del león y éste le puso una pata encima, le olfateó y se quedó pensativo, como sin saber qué hacer. Viéndole tan en buena

armonía, el guarda le echó un poco de carne y el león no la quiso tocar hasta que el perro hubo comido un poco : la que quedó se la comieron entre los dos, y desde aquel momento el león y el perro se hicieron grandes amigos. La fiera trataba al perro con gran cariño, y el perro demostraba que no tenía ningún miedo de ser devorado por su compañero de jaula, porque dormía tranquilamente bajo la boca o sobre las patas de su gigantesco amigo.

»Mientras tanto, el dueño del perro, que había ofrecido una recompensa al que se lo devolviese, supo dónde estaba, porque la extraordinaria amistad del león y el perro era el principal tema de conversación de la ciudad, y la gente acudía en tropel a ver a los dos amigos. Cuando el dueño del perro se presentó a reclamarlo, le dijo el guarda : «Sería una lástima separar a tan buenos amigos, pero si usted se empeña en llevarse su perro ha de entrar usted por él, pues, lo que es yo, no entraré aunque me den mil duros.» El amo del perro, que no tenía ganas de habérselas con un león, dejó el perro en la jaula y durante muchos meses continuó la amistad de ambos animales. Mientras el león se paseaba de un lado para otro en la jaula, el perrillo brincaba entre sus patas y jugueteaba con él. Algunas veces, cuando el león dormitaba, el perro le daba guerra mordiscándole y despertándole sin que el león diese muestras de desagrado ni de impaciencia por las travesuras de su pequeño



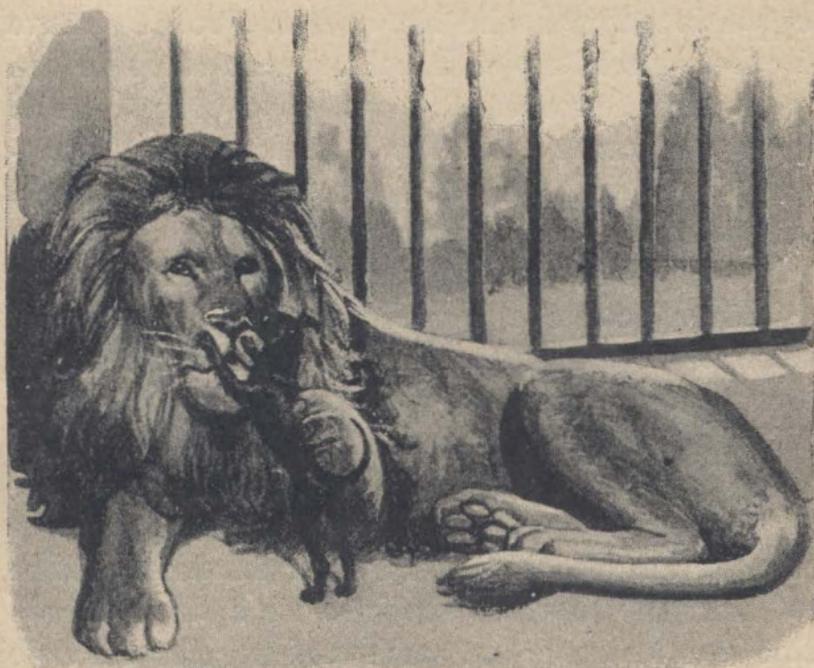
...volvió grupas y le recibió con un par de coces... (Pág. 25.)

## EL INSTINTO DE LOS ANIMALES

amigo. A veces le ponía encima de la cabeza una de sus potentes garras mientras que el perro le lamía las fauces cariñosamente. Pasado cierto tiempo murió el perrillo, y todo el mundo se sentía interesado esperando ver qué haría el león. Indudablemente la fiera creyó al pronto que su amiguito estaba dormido, y de vez en cuando le daba con la mano para despertarlo. Luego empezó a olerlo, y al ver que el perro permanecía perfectamente inmóvil a pesar de sus esfuerzos para despertarlo, se mostró muy intranquilo. Durante horas enteras se paseaba de un extremo a otro de la jaula, luego se detenía bruscamente, contemplaba un momento al muerto, y alzando la cabeza, emitía un largo lamento, un rugido sordo, semejante a un lejano trueno. Negábase a comer, y cuando el guarda trataba de sacar el cadáver del perro se ponía tan furioso que tuvo que abandonar el intento. Para distraerle le echaron varios perros en la jaula, pero a todos ellos los destrozó con gran furia. Había momentos que parecía que se había vuelto loco, y arrancaba grandes astillas de la jaula y mordía los barrotes que le conservaban prisionero. Finalmente, se tendía junto a su difunto compañero y lo acariciaba con las manos lanzando quejumbrosos lamentos. De este modo transcurrieron cinco días, y al sexto por la mañana, lo encontró el guarda muerto, con la cabeza sobre el cuerpo de su difunto amigo.

»Este verídico caso que acabáis de oír,

queridos amigos, os prueba que los leones tenemos un corazón capaz de sentir pena y cariño y otras cosas no menos nobles. Escuchad otra his-



...mientras que el perro le lamía las fauces cariñosamente. (Pág. 23.)

toria. En una casa de fieras había un león que demostraba un extraordinario grado de domesticidad con la mujer que lo cuidaba, hasta el punto de que, para divertir a los que iban a ver al animal, la mencionada mujer metía la mano y aun la cabeza en la boca de la fiera. Muchas veces

había realizado el arriesgado acto sin que la ocurriese nada, pero una vez que tenía la cabeza dentro de la boca del león, la cerró éste bruscamente y mató instantáneamente a su amiga. Era evidente que lo había hecho sin querer. Probablemente el cabello de la mujer le había hecho cosquillas en la garganta, provocándole un golpe de tos que le obligó a cerrar la boca. Por lo menos parece confirmar la suposición lo que sigue. En cuanto el león vió que había matado a su amiga, dió muestras de profunda pena, tendiéndose al lado del cadáver y no permitiendo que lo retirasen. Desde aquel momento se negó a tomar alimento y acabó por morir. Otro de los errores más grandes es el de creer que nadie se escapa de las garras de los individuos de mi especie. Nosotros, los leones, no atacamos más que cuando tenemos hambre realmente. ¡Cuántas veces se ha dado el caso de estar durmiendo entre las hierbas y huir al sentir venir a un hombre! Una vez un grupo de indígenas que iba de viaje se detuvo y armó su campamento para pasar la noche en un terreno infestado de leones y, para conservar distanciadas a las fieras, recurrieron al clásico medio de encender hogueras en derredor del campamento. A mitad de la noche oyóse un terrible rugido que despertó a todos los durmientes. Era un león que había caído sobre un muchacho. Todos los hombres huyeron aterrados, menos uno. Este uno era el padre del muchacho: era un hombre que desconocía el miedo, y, además, desper-

taba su valor el deseo de salvar a su hijo. No tenía tiempo de coger ninguna arma y recurrió a sus puños. Como se trataba de un individuo robusto, sus puños caían como mazos de batán sobre su melenudo antagonista, y el resultado fué que el león, acobardado, emprendió la fuga.

## VI

## UNA COLECCIÓN DE BOLAS

Cuando más embelesada estaba la concurrencia oyendo el grave relato del león, llegaron rodando al centro de la plaza una porción de bolas erizadas de pelos y púas. Era un espectáculo curioso por demás ver aquellas bolas reunidas allí como si se ofreciesen para una partida de bolos.

—¿A qué vendrá aquí esta gente?

—Son los animales en forma de bola—dijo una vieja lechuza que todo lo sabía y que era la comadre más acreditada del pueblo.

—Unos gorriones que pasaban charlando iban diciendo que os habíais reunido aquí para pasar revista a vuestros talentos, y como nosotros tenemos los nuestros, hemos venido a tomar parte en la tertulia — dijo un estrafalario armadillo, desenrollándose y tomando forma de animal—. No envidiamos ni la fuerza del elefante ni la astucia del zorro ni la agilidad del mono. ¡ Dichosos nosotros que podemos tomar la forma esférica para protegernos contra la mala intención de los ene-

migos y la impertinente curiosidad de los amigos! Nuestro instinto de hacernos una bola lo imitan muchos, al menos para dormir. Ya que no una bola, una rosca se hacen los gatos y los perros, y una bola tratan de hacerse los pájaros cuando meten la cabeza debajo del ala, ahuecan las plumas y ocultan las patas. Todos me conocéis. Soy el armadillo, o el bolita, como me llaman en América del Sur. Tan repentinamente me pongo hecho una bola que a veces al tocarme con el dedo me enrosco con tanta violencia que cojo el dedo del curioso entre los agudos filos de las uniones de mi armadura. Cuando nos peleamos dos bolitas ofrecemos un espectáculo muy cómico. Tratamos de mordernos uno a otro las orejas o herirnos en la dura piel que tenemos entre las uniones de las fajas centrales y nos atacamos con mucha fuerza, hasta que alguno de nosotros alcanza alguna ventaja y, entonces el adversario, en un abrir y cerrar de ojos, se hace una bola y aguarda así pacientemente a que el enemigo se canse y se marche. ¿Verdad que es un sistema tan sencillo como ingenioso? Con semejante procedimiento podemos desafiar a animales mucho mayores. ¿A mí qué me importa que me ataque el jaguar, con ser una fiera? Lo único que consigue es hacerme rodar, pero no puede ni machacarme entre los dientes ni abrirme con sus garras.

—Ya sé cómo las gastas, querido armadillo — dijo un mono—. Nosotros, que de pequeños nos



...y todos huían de encontrarlo. (Pág. 32.)



No tenía tiempo de coger ninguna arma y recurrió a sus puños. (Pág. 30.)

ANIMALES.—3

gusta mucho jugar con animalillos inofensivos cogiéndolos de la cola y haciéndolos dar vueltas, no podemos jugar con vosotros, porque os hacéis una bola y no hay quien os encuentre la cola.

—De manera que no hay quien te obligue a abrirte, ¿verdad?

—Desgraciadamente, sí; el hombre. Es tan listo, que me encierra en una habitación y me deja allí hasta que el hambre y el cansancio me obligan a desenrollarme. Y soy tan bonachón que me domestico en seguida y soy simpático, cariñoso y juguetón. Como soy tan raro en todas mis cosas, mientras que todos los animales tratan de enroscarse para dormir, yo me estiro cuan largo soy con el vientre apoyado en el suelo y las manos extendidas hacia adelante y la cabeza apoyada en ellas. Soy un ingeniero notable. Mi habilidad para hacer túneles en la tierra es extraordinaria. Mis uñas me sirven de herramienta, y tan rápidamente cavo en la tierra blanda, que no doy tiempo a un hombre para cogerme, porque en seguida me pierdo de vista, y si continúa la persecución sigo labrando túnel con tanta velocidad que luego es obra de romanos el sacarme. Me parece que ya he hablado bastante: ahora que hable mi amigo el puerco espín.

Al sentirse aludido se deshizo otra de las bolas allí presentes, y habló en estos términos:

—Yo soy el más conocido de los animales que se hacen una bola. Lo mismo que el armadillo, apelo a la forma esférica en tiempo de guerra. Cuando

peleo con alguna serpiente venenosa, mi sistema es darle un buen mordisco en el lomo y envolverme instantáneamente en mis pinchos que, apuntando en todas direcciones, mantienen al reptil a honesta distancia. Después de un rato me desenrollo con grandes precauciones, y como encuentre al ofidio distraído le pego otro mordisco, y así continúo operando hasta que acabo por estropearle la espina dorsal a la serpiente si antes no se declara prudentemente en fuga. Mi forma esférica me sirve también para huir de mis enemigos, porque cuando encuentro un peligro tengo la costumbre de hacerme una bola y dejarme rodar por las grandes pendientes, y como el sistema de locomoción es muy cómodo, lo adopto muchas veces para viajar aunque no haya peligro a la vista.

—No te alabes más — dijo otra de las bolas, es decir, otro de los animales que habían llegado rodando y que en aquel momento se desenrollaba.

—¡ Ahí está el erizo! A ti ya te conocemos bastante para que vengas a contarnos historias — dijo un ratón campesino—. Desgraciadamente te has engullido más de uno y más de dos parientes míos.

—Y si no fuese porque estamos aquí, ya habrías pasado a visitar mi estómago, querido ratón — replicó el erizo—. Te he olido desde muy lejos y te habría podido cazar con gran facilidad. Bien sabes que soy maestro en eso. Me enorgullezco de ser un animal de los que el hombre considera útiles porque destruye gran número de insectos, larvas, li-

mazas y ratones. A vosotros os cojo averiguando con mi fino olfato dónde tenéis el nido y luego hasta él haciendo un túnel con pasmosa rapidez. Hacerme una bola es cosa de un instante, y si me caigo desde alguna altura adopto la misma posición, y no me hago daño aunque caiga desde seis metros. Desenroscarme por fuerza es casi imposible.

—Según y conforme — dijo la zorra—. Yo sé muy bien que en el agua no puedes permanecer enroscado, y cuando cazo alguno de tu especie, lo hago rodar hasta el arroyo más próximo, y en cuanto cae en el baño se abre y lo devoro a mis anchas. Eso lo saben hasta los perros.

—Bueno, bueno, me voy a invernar. Ahora me revuelco en un montón de hojas secas para que se me claven en las púas y hago mi nido para pasar el tiempo del frío dormido tan ricamente.

—¡Pues anda con Dios y que descanses!

—También nos vamos nosotros — dijeron el armadillo y el puerco espín.

Al verlos alejarse, exclamó un desconfiado mico:

—¡Valiente colección de bolas!

—Pues te advierto que todo lo que han dicho es verdad y no han exagerado lo más mínimo — afirmó la cigüeña.

—No, si yo no decía que fuesen bolas lo que han contado, sino que forman una colección de bolas. Con esos tres podríamos jugar al billar en el café de mi pueblo.

## VII

### CONFERENCIANTES PICUDOS

Terminada la conferencia de las bolas, se acercaron varias aves a exponer sus respectivos méritos en lo tocante a talento. El pelícano se creyó en el deber de tomar la palabra para hacer una apología de su género, y, para demostrar su sabiduría, endilgó el siguiente discurso :

—Vosotros, los animales que tenéis hocico, no podéis figuraros lo útil que a nosotros nos es el pico. El pico no nos sirve sólo para comer : además del oficio de boca hace otros muchos, de modo que en gran número de casos parece que la Naturaleza ha querido suplir con el pico la falta de otros órganos que tenéis los mamíferos y que faltan por completo en nosotras las aves. Las aves carnívoras no tienen colmillos como los del león y los del tigre para desgarrar las carnes de su presa, pero tampoco los necesitan, pues les basta con la punta ganchuda y afilada de su pico, cuyos bordes cortan como navajas. Sin duda por eso casi todas las aves rapaces tienen el pico de esta forma, lo cual no quiere decir que todas las que así lo tienen sean necesariamente de rapiña. Ahí tenéis al loro, por ejemplo : come frutos y semillas y, sin embargo, tiene el pico en forma de gancho.

—Pero en mi caso — interrumpió el loro—, mi pico tiene un fin especial, y es el de ayudarme a trepar. Lo mismo yo que las cacatúas y las cotorras subimos a los travesaños de la jaula agarrándonos con el pico y algunas veces nos colgamos de él balanceándonos en el aire. Además tenemos el gancho del pico surcado por estrías transversales, disposición que nos permite romper la cáscara dura de ciertas semillas.

—Pues mi pico me sirve para algo más interesante que todo eso — terció el pájaro sastre—. Yo



formo mi nido en una bolsita hecha de dos hojas cosidas por sus bordes con mi pico.

—También lo hago yo — añadió el pájaro tejedor—. Mi nido es una verdadera obra de arte, pues lo forma una especie de encaje de fibras vegetales tan fino y delicado, que al hombre le sería imposible imitarlo...

—¿Puedo hablar yo?

Esta pregunta la hizo un ave de cabeza feísima y pico más feo todavía, y tan monstruoso como pudiera soñarlo un caricaturista. Era el calao, ave que se encuentra en Africa y en las Indias Orientales y que no abulta más que una gallina. Su pico era tan grande como la mitad de su cuerpo, pero de paredes tan delgadas y porosas, que su peso no le molestaba en lo más mínimo.

—¿Podrías decirnos, amigo calao—preguntó el mono—, para qué te sirve ese pico tan terrible no comiendo más que frutos?

—La contestación no es difícil, amigo mono —repuso el calao—. Cuando las hembras de mi especie van a poner sus huevos, eligen como nido un agujero en un tronco carcomido, y, una vez que se han instalado allí, el macho se pone a emparrarla con el fin de que ninguna serpiente u otro animal voraz entre a robar los huevos. La entrada del agujero queda cerrada con barro, excepto un pequeño orificio por donde la madre cautiva saca el pico para recibir la comida que le trae el macho. A éste el pico le sirve de herramienta para

tapiar el nido. En cuanto a la hembra que, tímida y débil, no podría hacer frente a cualquier alimaña que tratase de entrar en el agujero, su enorme pico constituye una arma poderosa. Pero, no riáis de mi pico, que aun hay quién lo tiene mayor. Aquí tenéis, sin ir más lejos, al amigo tucán.

El aludido hizo una reverencia a la asamblea, pero no habló nada; bastaba la elocuencia de su pico tan grande como su cuerpo, que, además de servir para los mismos usos que el del calao le sirve para asustar a las aves de rapiña, y para romper los huevos de otras aves, a los cuales es muy aficionado.

Venía detrás de estas aves un grupo de flamencos de monstruoso pico doblado de una manera muy extraña, con la mandíbula superior mucho menos voluminosa que la inferior, formando una especie de caja con su tapa.

Muchos de los presentes que no habían visto nunca aves de esta clase se rieron por lo bajo temiendo que se enfadase el señor Trompón, porque era persona seria y no permitía que se riese nadie de nadie en su propia trompa.

—Ya he notado que nuestro pico causa risa a algunos mal educados — dijo el flamencó más viejo de la compañía —; pero se ríen porque ignoran lo útil que en la práctica resulta esta forma. Cuando vamos andando por un riachuelo con el agua a media pata, metemos de vez en cuando la cabeza en el agua, removemos la arena del fondo

con el pico, en forma de asadilla, y dejándola penetrar en él, separamos con la lengua las materias comestibles de las que no lo son.

—El pico ideal para pescar lo poseo yo — dijo un pelicano—. La bolsa membranosa que va unida a la mandíbula inferior y que se encoje o se dilata a voluntad mía, me sirve no sólo de red, sino que llena de agua permite a mi hembra llevar a los polluelos parte de la pesca vivita y coleando.

## VIII

### UN GRUPO DE CAZADORES

Seguramente hubiera continuado el pelicano contando las excelencias de su pico si no hubiera venido a interrumpirle un grupo de animales, ansiosos de demostrar sus talentos. Venía a la cabeza una hormiga león y cerraba la marcha una anguila eléctrica. Con la venia del señor Trompón, comenzó a hablar la hormiga león, diciendo :

—Aunque me esté mal el decirlo, yo soy quien he enseñado a los hombres a cazar animales grandes por medio de una trampa con una estaca puntiaguda en el fondo. Mis curiosísimas costumbres revelan el grado de desarrollo de mi inteligencia. Yo construyo una especie de hoyo en forma de cono invertido, me oculto en el fondo dejando fuera solamente las tenacitas de mi boca, y espero

pacientemente a que una hormiga u otro bichito se acerque al borde del embudo y caiga hasta el alcance de mis temibles fauces. ¡Hay que ver, amigos míos, la perfección del cono que construyo! ¡hay que ver cómo pulverizo la tierra para que mis víctimas no se puedan agarrar a ella, y cómo hago siempre mi nido y mi trampa en sitios donde la arena tiene un color muy semejante a mí, para facilitar mi ocultación! En cuanto a paciencia, podría compararme con el santo Job si no fuera una irreverencia, porque muy a menudo ocurre que un paleta da un pisotón al cono y lo destruye, y entonces me dedico a construir otro con tanta simetría como el primero.

—¿Qué quiere ese pez que está ahí dando boqueadas y no se muere? — preguntó el mono mirando con extrañeza.

—También soy cazador y de los buenos. Soy el pez arquero o quietodonte, y puedo preciar-me de ser un maestro en artillería y un tirador excelente. Cuando tengo hambre sacó la cabeza sobre la superficie del agua, me pongo en acecho y en cuanto tengo a tiro una mosca disparo contra ella y le hago perder el equilibrio y caer. Inútil es añadir que inmediatamente me la zampo y santas pascuas.

—¡Valiente picarón! Cállate, y que hable otro cazador — dijo el elefante.

Sin que nadie le hubiese concedido la palabra, se adelantó el jaguar y se expresó de esta manera :

—El rastrillo que se usa para coger peces en algunos puntos y el arpón de cazar ballenas y cachalotes pudieran muy bien estar inspirados en mis costumbres de caza y pesca. Me gustan mucho los peces y los cojo con mucha destreza. Si no hubiera sido por el respeto que me merece la concurrencia, ya me habría jamado a ese quetodonte que tanto se alaba de sus talentos. Para pescar me acerco al río lo más cerca posible del agua y espero pacientemente el momento oportuno. En cuanto se pone a mi alcance algún pez, extendo las garras todo lo que puedo y de un solo golpe de mis encorvadas uñas saco fuera la presa como los habitantes de Vancouver hacen con el rastrillo. Y no digo más. Que hable este oso blanco que me está dando empujones con la cabeza.

El oso blanco tomó la palabra, y dijo :

—Allá por el mes de agosto, cuando los días son serenos y tengo hambre me acerco a la orilla del mar buscando siempre una altura que domine mi radio de acción y espero dando cabezadas a mi víctima, la foca, y, si aparece alguna, puede darse por muerta, pues yo, dando muestras de ser un artillero peritísimo, cojo una piedra o un gran carámbano de hielo, y calculando la curva o trayectoria que ha de describir el proyectil, lo lanzo con tal destreza que, de cada cien casos, en noventa y nueve aplasto la cabeza de mi víctima. Si el animal no queda muerto en el acto o simplemente atur-



dido, bajo a escape, cojo otra piedra y golpeo la cabeza del herido hasta rompérsela.

—Más sencillo y más científico, es mi sistema de cazar que ninguno de los expuestos por los queridos amigos que acabán de hablar — dijo la anguila eléctrica—. Cuando a mí me aprieta el hambre voy a un sitio donde haya peces en abundancia, doy una sacudida eléctrica, y al momento aparecen en la superficie del agua una porción de peces tripa arriba y muertos como por un rayo, a los cuales devoro con la mayor tranquilidad.

## IX

### AÚLLA UN LOBO

—Todos esos que han hablado no son sino un atajo de pillos que toman la maldad por talento — aulló un lobo, interrumpiendo la conversación—. En cambio nosotros, los lobos, tenemos una reputación malísima, y eso es una de las mayores injusticias de la tierra.

—Pues, a pesar de lo que dices, no quisiera encontrarte a solas en el campo — baló una oveja—. Tú serás muy bueno, pero te comes todo lo que puedes.

—¿Y qué quieres que haga si tengo hambre y no me gusta la hierba? — replicó el lobo—. Pero eso no quiere decir que sea incapaz de sentir gratitud y cariño y que sea imposible de domesticar por mi instinto cruel y sanguinario. Todo es una calumnia que desde tiempos remotos ha hecho que se nos declare la guerra de exterminio, siendo tan susceptibles de querer al hombre como puede quererlo un perro. En una casa de fieras había una loba que se sentía tan emocionada cuando la acariciaban con la mano o la dirigían palabras cariñosas que parecía volverse loca de alegría. Cuentan que en la guerra de la Independencia cierto ca-

pitán inglés cogió un lobezno en Sierra Morena, y tratándole con mucho cariño llegó a domesticarlo hasta el punto de portarse el animal lo mismo que un perro. Durante la campaña, en el vivac, el capitán, su caballo y su lobo dormían juntos a la sombra de alguna encina compartiendo las fatigas de la guerra, sus peligros y sus escaseces. El capitán se llevó el lobo a Inglaterra, y cuando tuvo que volver a campaña lo dejó allí, con gran sentimiento del animal, que no cesaba de aullar y de lamentarse y de enderezar las orejas y mirar intensamente en la dirección donde sentía pasos, esperando siempre volver a ver a su amado dueño. Otro lobo, al que también se cogió joven y se educó como si fuera un perro, tomó grandísimo cariño a toda la familia, era muy obediente y muy limpio y no dejaba ni a sol ni a sombra a su amo. Cuando éste tuvo que ausentarse lo dejó en la casa de fieras encargando que lo cuidaran mucho. El animal se pasó una porción de semanas sumamente triste y no comiendo casi. Al cabo de diez y ocho meses el amo volvió, y, al escuchar su voz, el lobo empezó a dar saltos, loco de alegría, y en cuanto lo dejaron suelto corrió hacia su amo agobiándolo de caricias. Casos como éstos podría contaros millares, pero mejor es no ser pesado. Ahora, en cuanto a sagacidad e inteligencia permítidme que os cuente un par de casos. Un cazador cogió una vez un lobo que, al verse perdido, se fingió muerto. Lo denunció únicamente un movimiento imperceptible de

las pupilas. Cogiéronlo entonces y lo colgaron por las patas de atrás sin que opusiera resistencia alguna, pero comprendiendo ya el pobre lobo que estaba descubierta su argucia, empezó a querer tirar mordiscos furiosos a cuantas personas se le acercaban y a morder la cuerda con que lo tenían atado. Hallándose en el campo un día otro cazador, vió salir del bosque un lobo y luego una loba. Avanzaron cautelosamente, reconocieron el terreno y parecieron conferenciar. El lobo, dando saltos, se fué derecho hacia un rebaño que había inmediato y que guardaban un chico y un perro. Pasó por delante del chico sin hacerle nada y, después de aparentar que vacilaba un momento, se volvió hacia otro lado y huyó. El pastorcito, acompañado de su perro, emprendió la persecución del lobo; mas no bien se hubieron separado del rebaño se presentó en escena la loba, escogió uno de los mejores corderos y se lo llevó al bosque donde la estaba esperando ya el lobo. Caso parecido y no menos notable fué el que ocurrió a un labrador que, estando en la ventana de su casa, vió a un lobo acometer a una de sus cabras. El labrador tenía en brazos a su hijo, criatura de diez y ocho meses, y después de dejarlo a la puerta de su casa, cogió un palo y salió en persecución del lobo. Este abandonó la cabra y pretendió huir, pero dando repentinamente la vuelta a la casa se apoderó del niño y escapó con él.

## EL ASEO EN ANIMALANDIA

—Todo lo que ha contado el hermano lobo es muy interesante, pero no deja de probar que es un granuja de marca mayor — dijo el severo mara-



Pasó por delante del chico sin hacerle nada. (Pág. 46.)  
bú—. Creo que se le debe considerar como un animal inmundo.

—¿Inmundo? ¿Por qué?

—Por esas barrabasadas que acaba de contar como una gracia.

—¿Qué quieres que le hagamos, hermano marabú, si éstos son mis instintos? Pero de eso, a llamarme inmundo, media un abismo. Yo creo, y bien sabéis todos que soy muy listo porque el hambre aguza el ingenio y yo paso mucha en el invierno. Es casi imposible encontrar un animal que no sea limpio de por sí y que no dedique unos momentos cada día a su aseo personal. Tanto es así que, cuando uno de nosotros pasa un día sin lavarse, puede asegurarse que está enfermo.

—Eso que dice el lobo es mucha verdad — terció el perro—. Cuando nosotros tenemos el moquillo, la mejor señal de nuestra mejoría es que empezamos a lamernos el pelo.

—Yo tengo fama de sentir horror al agua, y es verdad — dijo el gato—, mas no por eso soy sucio ni mucho menos. No uso el agua porque no la necesito, pues mi lengua empapada en saliva y cubierta de asperezas hace el mismo oficio que una toalla rusa. Y donde no alcanzo con la lengua me lavo con las patas.

—Como que no hace falta agua para lavarse — añadió el asno—. Hay muchos animales que no la emplean jamás y están perfectamente limpios. Nosotros los burros, y también vosotros, ¿verdad, caballo?, somos muy aficionados a revolcarnos en el suelo para limpiarnos.



...y en cuanto lo dejaron suelto corrió hacia su amo agobiándolo de caricias. (Pág. 45.)

ANIMALES.—4

—Pues nosotros los perros de caza — dijo un can de dicha especie—tenemos la costumbre de revolcarnos en el barro y frotarnos después contra las hierbas y las hojas. De esta doble operación salimos completamente limpios.

—Eso del cieno para la limpieza es también costumbre nuestra — dijo un bisonte que hasta entonces no había dicho estos cuernos son míos—. Los bisontes somos muy amigos de revolcarnos en el cieno. En el momento de salir de tan sucio baño estamos cubiertos de una asquerosa corteza, pero cuando el sol la seca y se desprende en forma de grandes placas, aparece bajo ella el pelo más limpio que nunca.

—Esa costumbre de limpiarse con el polvo la tenemos también las gallinas y otros muchos volátiles que nos revolcamos en la arena y, a pesar de eso, no se nos ve nunca sucias, porque sacudiendo las plumas podemos, en cierto modo, expulsar hasta el menor rastro de tierra que haya podido quedar entre ellas y que arrastra toda la suciedad del cuerpo.

—Los pájaros — dijo un jilguero — somos más aseados que vosotros. Diariamente nos bañamos en agua clara.

—También nos bañamos las aves acuáticas — agregó un pato.

—¡Vaya una gracia! — exclamó el mono—. Para eso sois acuáticas.

—Hablas porque tienes lengua, pero no sabes

lo que dices, querido mono — replicó el pato, muy picado por la interrupción—. No hay que confundir el bañarse con el nadar. Cuando nadamos mi compañero el cisne o yo, nuestras plumas quedan perfectamente secas, gracias a una substancia aceitosa que rechaza la humedad, pero cuando nos bañamos para lavarnos abrimos las plumas y sacudimos las alas de tal modo que el agua llega a ponerse en contacto con la piel; después salimos a tierra y con el pico vamos peinándonos cuidadosamente todas las plumas.

—Yo declaro honradamente — dijo el cisne—, que solamente el gato puede rivalizar conmigo en escrupulosidad de limpieza corporal.

—Los osos nos bañamos a diario aun en el rigor del invierno, y les enseñamos la misma costumbre a nuestros hijos. Cuando una osa tiene cachorros los mete todas las mañanas en el agua y les da unos cuantos chapuzones para que pierdan el miedo. Con nuestra higiene conseguimos que nuestro pelaje tan largo y tan enmarañado esté siempre limpio.

—Ya que de limpieza se habla, no quiero permanecer silencioso — dijo el señor Trompón—. Los que me conocéis y me tratáis, habréis visto mi amor al agua. Vivo constantemente cerca de las grandes lagunas porque me gusta revolcarme y llenar la trompa con el fresco líquido para luego rociarme el cuerpo como con una manga de riego. Yo soy el inventor de las duchas. No es extraño,

AMERICAN ANTHROPOLOGICAL MUSEUM  
WASHINGTON D.C.

pues, que los indios—en cuya religión pintan las abluciones un papel muy importante—nos consideren a los elefantes como la imagen viviente de la sabiduría.

—Yo también soy limpio, aunque tengo un miedo cerval al agua — dijo el mono—. Yo no me lavo, es verdad, pero paso la mayor parte del día quitándome los parásitos que no me dejan vivir tranquilo.



## XI

### LA MONA SABIA

—¿Quién es aquel que viene corriendo por allí?  
—preguntó el topo.

—Es Mariana, la mona sabia—dijo el lince, que tenía muy buena vista—. ¿No la conoces?

—¡Ya lo creo! Es una mona que tiene un talento colosal. ¿A qué vendrá?

Mientras así hablaban llegó la mona, que era, en efecto, Mariana. Venía jadeante y sofocada, y en cuanto cobró alientos, dijo:

—Me he enterado de la reunión que tenáis y no quería faltar a ella, porque aun cuando tengo fama de sabia no me acompaña la modestia y quiero que se sepan mis habilidades. He venido corriendo y debo irme en seguida, porque ya sabéis que tengo muchas ocupaciones. ¡Bien me explotan mis amos! Pero no me quejo, porque el trabajo es la base de la felicidad. Me levanto a las cinco de la mañana, y mi primera ocupación es coger una varita y meterla entre los alambres de una porción de jaulas de canarios y ratas blancas para alborotarlos y hacer que con el ruido se despierte mi amo. Luego me marchó a tomar un baño en una cuba que tengo preparada junto a un manantial de agua caliente en las cercanías de la granja donde vivo. El baño lo tomo lo mismo en

invierno que en verano, y tanto me he acostumbrado al frío, que no tiritó aunque esté el campo cubierto de nieve.

—Yo siempre había oído decir que los monos teníais horror al agua—dijo una tortuga que acostumbraba poner en duda todo cuanto le decían.

—Ten en cuenta, amiga tortuga, que yo soy una mona extraordinaria. Escucha, y te convencerás. Después del baño me peino coquetamente y me limpio todo el cuerpo con un cepillo suave, porque en esto del aseo soy muy cuidadosa. En invierno, después de las abluciones, me visto mirándome al espejo. Mis vestidos suelen ser rojos o verdes, porque éstos son mis colores predilectos. En verano voy desnuda, aunque mi amo se ha empeñado más de una vez en vestirme, pero no lo ha conseguido, porque a testaruda no hay quién me gane. Cuando calculo que mi amo está vestido, voy a la cocina y empiezo a tocar la campana llamando al almuerzo y no dejo de tocar hasta que están hechos los preparativos para el desayuno. Entonces me siento en una mesita al lado del amo y me pongo la servilleta como una señora. Cuando hay convidados como con tenedor y cuchara, pero cuando estamos en familia, prefiero comer como en los tiempos antiguos, es decir, con los dedos. Bebo siempre en vaso, y mi bebida favorita es la sidra, pero también echo un trago de aguardiente si me lo dan. Cuando concluyo el desayuno, ya están gruñendo los cerdos y arrullando los centenares de palomas de

la granja, pero yo atiende antes que a nadie a los canarios. Les limpio las jaulas, les pongo agua limpia, alpiste y un poco de lechuga y después me marcho a dar de comer a los cerdos, a las gallinas y a los gansos y por último a las palomas, que son mis mejores amigas y me causan gran admiración. A continuación voy a ordeñar a las vacas, y lo hago con perfección, porque tengo los dedos muy fuertes y al mismo tiempo suaves. Aunque, como veis, estoy muy atareada, no por eso dejo de ser vigilante. Si se presenta alguna persona extraña en el campo empiezo a dar gritos de alarma, y si no acude mi amo o alguna de sus hijas, cojo un puñado de piedras, me subo a un árbol y apedreo al intruso.

—Esta mona no debe tener abuela. ¡Qué manera de alabarse! — exclamó una marmota que por casualidad estaba despierta en aquellos momentos.

—Pues aun hago más, aunque tú no lo creas, dormilona... Mi inteligencia es tal, que cultivo un pedazo de tierra con una porción de frutales y hortalizas. Sé perfectamente que el dinero sirve para comprar cosas, y mi amo me da todos los días una o dos monedas que guardo con gran cuidado en una cajita de hierro, para darme el gusto de contarlo y enseñárselo a los amigos de la casa. Cariñosa, lo soy en grado sumo. En cuanto una de las perras del cortijo tiene crías disfruto lo indecible cogiendo a los perrillos y acariciándolos. Finalmente, en los



Entonces me siento en una mesita al lado del amo... (Pág. 53.)

ratos de ocio, que son muy escasos, me dedico a la música.

—¿Qué instrumento tocas?

—¡Una sartén vieja! No sabéis lo bien que suena golpeándola con una piedra.

—Y, ¿cómo has aprendido tantas habilidades?

—preguntó el perro.

—Pues verás. Hace años, un hermano de mi amo, estando en el circo vió al director de éste dar una paliza tremenda a una mona que formaba parte de la colección zoológica. Aquella mona era yo, y el campesino, indignado, increpó al titiritero, afeándole que me tratase de aquella manera tan cruel. «Es que tiene muy mal genio», dijo el amo del circo. «Me parece que quien tiene mal genio es usted», le repuso el labrador y en seguida me compró y me llevó de regalo a su hermano, que es gran aficionado a los bichos. Bueno, amigos míos, ya habéis oído mi historia. Ahora me voy corriendo porque tengo que barrer la casa y me estarán echando de menos mis amos. ¡Que os vaya bien!

## XII

### MODOS DE DORMIR

—¡Qué gente más charlatana: no le dejan dormir a una! — refunfuñó la marmota.

—¡Ya, ya! — agregó el lirón—. ¡Tan bien como se pasa el tiempo durmiendo!

—A propósito de sueño — dijo el orangután—. Yo soy el único animal que duerme boca arriba,

como el hombre. En mis selvas de Sumatra y de Borneo me hago grandes nidos en las copas de los árboles, y así descanso en casi completa segu-



No sabéis lo bien que suena golpeándola con una piedra. (Pág. 56.)

ridad, lejos de las garras de mis enemigos más peligrosos.

—Pues yo no duermo jamás boca arriba — dijo el chimpancé—. Mi postura favorita es echado de

lado con un brazo debajo de la cabeza como los niños.

—Así dormimos casi todos nosotros — añadieron unos cuantos monos.

—Nosotros, los gorilas, solemos también hacer nidos que nos sirven de cama en las ramas de los árboles, y muchos colocamos buena cantidad de palos por encima de los nidos, construyendo así una especie de tejado que nos pone en parte al abrigo de las inclemencias del tiempo.

—Los monos que por cualquier circunstancia no tenemos nido — dijo otro de los presentes —, dormimos agarrados a alguna rama con los dedos muy apretados como si estuviéramos agarrando algún objeto.

—Yo—terció una vaca—, para echarme, hago lo que todos los animales de pezuña partida: me arrodillo primeramente, y para levantarme lo primero que hago es estirar las patas de atrás.

—Los caballos — dijo uno de la reunión — hacemos precisamente lo contrario: nos acostamos doblando las patas de atrás primero, y para levantarnos estiramos primero las manos.

—¿Cómo duermes tú, jirafa? — preguntó un mico muy curioso—. No sé cómo te las arreglas para acomodarte con esas patas y ese cuello tan largo.

—Pues muy sencillo, señor curioso — respondió la interrogada—. Doblo las cuatro patas y doblo también este cuello que tanto te choca, sobre el

lomo, de manera que el hocico me queda encima del nacimiento de la cola.

—Yo duermo de cualquier manera — dijo el oso—. No tengo postura característica para dormir. Adopto las más opuestas y a veces las más grotescas, y en todas me encuentro perfectamente cómodo. Sin embargo, cuando estoy perfectamente dormido, dice mi esposa que tiendo a enroscarme con el hocico y las manos metidos hacia adentro, y así invierno en mis guaridas de los países fríos.

—Los roedores pequeños como yo y como las ratas y los ratones — dijo un conejo — nos limitamos casi siempre a agacharnos para dormir, aunque alguna vez que otra nos hacemos una bola por el estilo del lirón. No obstante, para estar cómodos, nos basta apoyar la tripa en el suelo, o, mejor dicho, en el nido, y aflojar los músculos de las patas. En esa postura podemos echar a correr en el acto en caso de alarma. Los que tienen cola como la ardilla, muy poblada de pelos, se la echan al lomo como si fuera una manta.

—Yo sí que duermo bien — dijo el perezoso—. Allá en mi tierra, en los bosques tropicales de América, vivo plácidamente en los árboles colgado de las ramas, durmiendo sin hacer esfuerzo muscular alguno. Mis largas uñas están tan encorvadas que forman un gancho con el cual me cuelgo y puedo dormir como en una hamaca.

—Pues yo — dijo el gran hormiguero, compa-

triotra y pariente del perezoso—, uso mi enormísima cola de un modo muy notable. Cuando me acuesto la extiendo con gran habilidad de modo que los pelos me cubren todo el cuerpo, ocultándolo y abrigándomelo. Además, me sirve de paraguas cuando llueve, y así consigo conservarme caliente y seco aun en medio de terribles lluvias tropicales.

—Nosotros los murciélagos — dijo uno de la especie — dormimos como el perezoso, colgados de nuestras uñas, y en Australia hay unos gigantes, con los que suelo escribirme, que para dormir se suspenden cabeza abajo y se envuelven el resto del cuerpo con la membrana de sus largas alas, de forma que, en caso de lluvia, el agua se escurre por ellas sin tocar el resto del cuerpo.

—Me parece que ya hemos hablado bastante del sueño y que debemos pasar a otra cosa — propuso el señor Trompón, y con la autoridad de que estaba revestido, aguardaron todos a que dijese quién podía usar de la palabra.

### XIII

#### UNA COLMENA

Pero el señor Trompón no tuvo que mandar que hablase nadie porque vino a interrumpirle un lejano y ruidoso zumbido. Producía aquel ruido una nube de insectos que avanzaba rápida hacia donde se hallaban reunidos los animales de nuestro re-

lato, todos los cuales permanecieron suspensos hasta ver en qué paraba aquello.

—No hay que asustarse — dijo el prudente señor Trompón—. Es una colmena que sin duda viene a contarnos sus talentos y sus hazañas.

En efecto, era una colmena, y venía atraída por el rumor de aquella magna reunión de animales que, habiendo empezado como en broma, iba tomando todos los caracteres de un gran congreso.

Venía a la cabeza de todo aquel ejército la reina con su escolta de honor compuesta de abejas obreras y muy respetables zánganos.

Rendidos a la reina los honores que la cortesía demandaba, habló en estos términos :

—He salido de mi colmena con todos mis súbditos para hablar en este congreso de animales de la organización y del orden que imperan en nuestras admirables viviendas. ¿Veis el grueso de mi ejército? Lo constituyen las obreras encargadas de recoger el polen y el néctar de las flores, pero, en virtud de la ley de la división del trabajo que las rige, unas se dedican a coger polen y otras néctar, por lo menos durante un mismo día, así como cada una liba flores de una misma especie cada día.

—¿Trabajaréis mucho, verdad?

—Para que os hagáis cargo de lo que trabajan las abejas, habéis de saber que cada una visita por término medio doscientas cincuenta flores por hora, de suerte que en ocho horas de trabajo liba dos

mil flores. Mi colmena consta de cuarenta mil obreras, de manera que al cabo del día reúnen el producto de ochenta millones de visitas a las flores. A su regreso a la colmena las abejas que traen polen se lo entregan a otras que esperan en la puerta, y las que han chupado néctar lo depositan en las celdillas más próximas a la entrada, donde pierde humedad, y pasados unos días, lo transportan a otras celdillas más alejadas que tapan con una delgada capa de cera.

»Hay otras obreras que se dedican a tomar de la corteza de los árboles una sustancia resinosa que sirve como de cemento para tapar las grietas de la colmena y dar resistencia a las paredes. Todavía tengo en mi colmena una tercera clase de individuos: los machos, llamados zánganos que, según las malas lenguas, no sirven para nada, porque no tienen aguijón, y, por lo tanto, no pueden luchar y porque no liban las flores ni saben comer solos, obligando con ello a las obreras a alimentarlos, pero yo sé que tienen su valor y por eso los aguanto mientras me sirven. Lo que hago es tener pocos. En mi colmena no hay más que unos cuantos centenares. Ellos son unos tragones y unos solemnísimos holgazanes, pero en el pecado llevan la penitencia, porque cuando llega el invierno y hay que economizar los comestibles, mis obreras les prohíben la entrada en la colmena y se mueren de hambre y de frío. Yo soy el personaje más importante de la colmena. En cada

colmena no hay más que una reina, y me dedico exclusivamente a poner huevos para que salgan de ellos nuevas abejas. Como nacen muchas, llega un momento en que no caben todas en la colmena, y entonces abandono ésta seguida de millares de obreras y busco otro sitio para establecer mi nueva casa, dejando en la colmena antigua las crías y unos cuantos millares de obreras para cuidarlas. Antes de marcharme tengo cuidado de dejar puestos en celdillas especiales dos o tres huevos de los que han de salir otras reinas. No hace falta más que una, pero dejo varios huevos por si se muere alguna reina al nacer. La primera que nace recorre toda la vivienda deteniéndose en cada una de las celdillas reales para ver si contiene alguna reina y matarla con el aguijón, porque, como os acabo de decir, no puede haber más que una en cada colmena. Si por casualidad nacen varias a un tiempo luchan encarnizadamente hasta que no queda más que una. La nueva reina se pasa el día volando por los campos y no vuelve a salir de la colmena hasta que necesita abandonarla para establecer otra vivienda. En cuanto regresa de este único vuelo se dedica exclusivamente a poner huevos, por lo cual tiene de sobra que hacer, pues durante el verano ponemos las reinas todos los días tres mil o cuatro mil, sobre todo durante la primera mitad de nuestra existencia, que es de tres a cuatro años. A mi servicio exclusivo tengo una

corte de abejas obreras que se dedican a darme de comer.

»Así como las abejas que salen al campo tienen perfectamente marcada su obligación en la forma que os he dicho antes, las que se quedan en la colmena tienen también su ocupación determinada. Unas son nodrizas o encargadas de cuidar los huevos y las larvas que de ellos salen; otras son cereras, otras ventiladoras, otras almacenadoras, otras limpiadoras, y así sucesivamente. Las ocupaciones las distribuimos con arreglo a la edad de cada abeja. Las abejas cereras construyen con cera, que ellas mismas producen, los panales formados por multitud de casillas de cera, en las que se depositan los huevos, las larvas y la miel. Las abejas ventiladoras permanecen cerca de la puerta batiendo rápidamente las alas para levantar aire a fin de que se evapore el agua de la miel. Hay otras abejas guardianas que cuidan de que no se meta ningún intruso en la colmena. Finalmente, he de mencionar nuestro instinto de orientación. Por mucho que se aleje una abeja de su colmena, jamás se equivoca ni titubea para volver a ella.

—Ese instinto lo tenemos también las hormigas —dijo una que estaba escuchando—. Por muchos obstáculos que nos pongan en nuestro camino, siempre volvemos en línea recta al hormiguero.

—En eso no os envidio —agregó una paloma mensajera—. Si a mí me sacan de mi palomar, vuelvo siempre a él por muy lejos que me suelten,



...me visto mirándome al espejo. Mis vestidos suelen ser rojos o verdes... (Pág. 53.)

ANIMALES.—5

y con una velocidad pasmosa, gracias a eso que los hombres llaman el instinto de orientación.

—Yo tampoco tengo envidia de las buenas condiciones de que blasona la abeja — dijo la hormiga que había hablado—. Yo soy tan laboriosa como ella y mi afición al orden es proverbial. Las hormigas grandes cuidamos mucho a las pequeñas; las sacamos al sol, las trasladamos de celda para ponerlas en las mejores condiciones de calor y humedad y las distribuimos por orden de edad y tamaño. Nuestros nidos están clasificados en grupos distintos, según el tamaño, como las niñas humanas en las diversas secciones de un colegio.

»En nuestros hormigueros hay tres clases de individuos: las obreras, los machos y las hembras, que ponen huevos, o sean las reinas, como en las colmenas de las abejas. Las reinas tienen alas hasta que van a poner huevos, pero entonces se las arrancan. Así como hay hombres de muchas clases, blancos, negros y amarillos, y aun dentro de la misma clase los hay de tipo muy diferente, en las hormigas hay también muchas especies distintas, sin dejar por eso de ser hormigas. En algunas de estas especies hay hormigas de cabeza muy grande que se llaman soldados, por más que no son los únicos que se baten. Generalmente guardan el hormiguero haciendo centinela en la puerta del mismo. En nuestras viviendas tenemos vacas...

—¡Uy, qué embustera! — exclamó el mono—.

¿Cómo vais a meter vacas por la puerta de un hormiguero?

—He dicho vacas y no son vacas, pero a nosotras nos hacen las veces de vacas.

—¡Vaya un lío!... ¡No son vacas, pero sí son vacas...! El diablo que te entienda, mi querida hormiga.

—Escucha y verás. Los insectos, como los pulgones, son para nosotras verdaderas vacas de leche, y por eso los cuidamos, les proporcionamos alimento y los guardamos en vaquerías subterráneas construídas especialmente para ellos, porque les ordeñamos un jugo dulce que nos gusta mucho. Además de los pulgones, tenemos en el hormiguero otros insectos domésticos, algunos de los cuales nos sirven como al hombre el perro y el gato. Nuestra vida social se desliza en medio de la mejor armonía, pero si alguna se porta mal la expulsamos del hormiguero. Trabajamos todo el día, aun durante los más calurosos del verano y hasta de noche, pero también dedicamos algunos ratos a la diversión. Enderezándonos sobre las patas traseras nos acariciamos con las antenas, simulamos combates y jugamos al escondite.

—Ya vemos que sois muy buenas personas. No os parecéis a la cigarra que, según la fábula, pasó cantando el verano entero sin hacer provisiones allá para el invierno.

—¿Qué queréis que hagamos? Para eso somos artistas — protestó una cigarra saliendo en defensa

de su especie—. Nuestras hembras son mudas, pero nosotros, los machos, cantamos bastante bien, si se tiene en cuenta que no cantamos con la boca como la generalidad de los seres, sino con la tripa, donde tenemos un aparato especial para emitir ruido. El que seamos perezosos y tímidos no es culpa nuestra.

#### XIV

##### NIDOS ADORNADOS

—Casi todos los animales que han hablado hasta ahora — dijo un baya o tejedor de la India — son individuos populares que todo el mundo conoce, pero sin duda olvidan que vivimos en el mundo otros seres que tenemos tanto talento o más que ellos. ¿Queréis venir a ver mi nido? ¿No queréis porque vivo lejos? Pues yo os explicaré cómo es. Yo construyo mi nido entretejiendo hierbas largas y estrechas y fibras vegetales, y divido su interior en dos cámaras, una donde mi esposa pone los huevos y otra donde duermo yo. Mi nido tiene forma estrecha y alargada con la entrada en su extremo inferior, pero lo más curioso es que mientras mi esposa pone huevos, yo me encargo de alumbrar la vivienda, para lo cual traigo pequeños pegotitos de barro que aplico en la pared interior del nido y luego, antes de que el barro se seque en cada pe-

gotito pego una luciérnaga. La luz de estos insectos, filtrándose al exterior por el tejido del nido, da a éste en la obscuridad de la noche un aspecto fantástico que recuerda el de los diminutos palacios de los cuentos de hadas.

—También es muy bonito mi nido — dijo un ave martillo, de largo y puntiagudo moño—. Lo construyo en el suelo y es una especie de cúpula bastante grande, hecha con cieno y ramitas pequeñas. Interiormente esta vivienda aventaja con mucho en comodidad a las de los indígenas del Africa intertropical, que es donde yo vivo. Divídese por medio de tabiques en tres habitaciones: una con el piso más alto que las demás para la hembra y sus crías, otra para mí, que soy el macho, y la tercera para almacenar provisiones para cuando hace mal tiempo. Tan complicada obra la realizo acumulando a ambos lados de la entrada cuantos objetos puedo encontrar que brillen o reluzcan; conchas, huesos blanqueados, pedazos de vidrio, botones y trozos de acero, y así tengo una casa preciosa, porque a mí me gustan las cosas bonitas.

—Más bonito es mi nido — dijo una oropéndola de Baltimore, de precioso plumaje negro y amarillo—. Mi nido tiene forma de hamaca, o más bien de cestillo colgante, y lo adorno con trapos, hilos y cintas de colores y hasta trozos de encaje si los encuentro.

—Pues yo, para hacer mi nido—dijo un pájaro-

jardinero de Nueva Guinea—, busco un punto del terreno en cuyo centro haya un arbustillo o un tallo cualquiera medianamente grueso. Aprovechando este tallo como percha central, en la que apoyo una especie de armazón de palitos, confeciono una construcción muy singular en forma de tienda cónica con su puerta y todo. Luego, en torno de tan curioso edificio, hago un jardín esparciendo sobre el terreno capas de musgo y disponiendo sobre ellas con cierto gusto, flores, frutas de colores brillantes, insectos muertos, conchas y hongos de vivos colores. Cuando todas estas cosas empiezan a secarse, y por consiguiente a decolorarse, las reemplazo por otras nuevas, pero esto tengo que hacerlo muy de tarde en tarde, porque el principal elemento decorativo a que recurro es una orquídea que se conserva fresca mucho tiempo.

—Un trabajo parecido hago yo — dijo el ave australiana llamada clamidótero—, con hierbas y ramitas dispuestas en dos filas paralelas y levantadas a modo de zarzos con ayuda de piedrecillas, y de otras ramas que hacen de puntales. El pavimento de este pasadizo lo adorno con guijarros relucientes y allí me reuno con otros machos para pasearnos o ejecutar una especie de danza, mientras que las hembras nos contemplan desde fuera.

## HABLA EL SEÑOR TROMPÓN

—¡ Que hable el señor Trompón ! ; que hable el señor Trompón ! — comenzaron a gritar todos a coro—. ¡ Ya han hablado muchos y el señor Trompón no ha contado nada siendo el personaje más grande de este pueblo !

—Ya sé que lo soy, pero es por mi tamaño : no por mis méritos.

—¡ No, señor, no, señor ! Usted tiene fama de ser el más grande y más poderoso de los cuadrúpedos, pero también tiene fama de ser el más sabio. Hemos oído contar innumerables historias de su inteligencia, de su afecto, de su gratitud, de su memoria y hasta de sus odios. ¡ Hable usted sin reparo, que todos sabemos que no es usted alabancioso !

—Ya que lo queréis, hablaré, pero no será de mí, que no soy sino un pobre campesino, sin más conocimientos que los de los años ni más ilusiones que mi elefanta y mis chiquitines.

—¡ Pues no llama chiquitines a sus hijos este pobre elefante ! El Señor me libre de un pisotón de esos chiquitines, como él los llama, porque, ¡ adiós plácida existencia ! — comentó una pru-

dente araña que se había asomado a una grieta de un árbol.

—Todo es relativo en este mundo, amiga araña, y de quien menos tienes que temer es de mis patas, porque yo no acostumbro subirme a los árboles.

—Para decir verdades, nadie como el señor Trompón — repuso un zalamero cocodrilo.

—Pero con tantas divagaciones, se nos va a echar la noche encima y no va a poder contarnos nada.

—Pues callaos y escuchad. He dicho que no contaré nada de mí, pero no tomaréis a inmodestia que cuente grandes hazañas de otros congéneres míos. En una ciudad de la India vivía un elefante que pasaba muy a menudo por el bazar o mercado y siempre se detenía en el puesto de una mujer que le obsequiaba con un puñado de verdura. Un día un malvado hizo algo al elefante que le encolerizó como se encolerizan los de mi casta, y recorrió el mercado derribándolo todo y poniendo en fuga a todo el mundo. La verdulera que le vió venir tan colérico, emprendió la huida, dejando abandonado, ¡pobre criatura!, a su hijo, niño pequeño, en el suelo, y todos creyeron que el enorme paquidermo pisotearía al pobre e indefenso ser, pero se llevaron chasco, porque no conocían la índole bondadosísima de nosotros los elefantes. El de mi historia se detuvo bruscamente, cogió suavemente al niño con la trompa, lo colocó cariñosamente

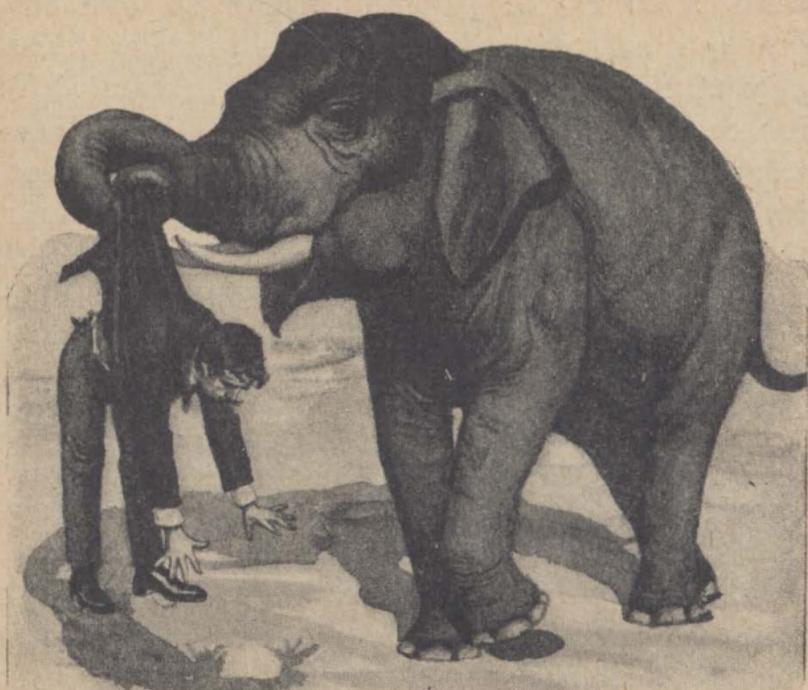
mente sobre el mostrador y se alejó tan tranquilo como si no hubiera ocurrido nada. ¡ Se había calmado su furia después de aquel acto de magnanimidad ! Quizás ningún ser humano hubiera demostrado mayor consideración y bondad para con los enfermos y desvalidos que el elefante predilecto de uno de los principales rajás de la India. El amo montaba al noble animal para tomar parte en una cacería, cerca de Lucknow, cuando la partida de cazadores llegó a una pradera donde había una porción de enfermos tendidos en el suelo para recibir los beneficios del aire fresco y del cálido sol. Al ver llegar hacia ellos el gran destacamento de cazadores se apartaron todos los que podían valerse ; pero otros, que no tenían fuerzas para cambiar de sitio por estar impedidos, se quedaron aterrorizados esperando por momentos verse aplastados por las pesadas patas de los elefantes de caza. Como los indios no tienen lástima a los pobres, el jefe mandó al conductor del elefante de mi cuento que le hostigase para que siguiese su marcha sin hacer caso de los que estaban en el suelo, y el elefante le obedeció mientras tuvo despejado el camino, pero, en cuanto llegó adonde estaban los enfermos, se negó a dar un paso más. « ¡ Pínchale en las orejas ! », gritó el airado noble. El mahout (conductor) puso en juego su aguijada de hierro, pero el elefante permaneció inmóvil, y luego al ver que las personas que se atravesaban en su camino no se movían, cogió a la más próxi-



..cogio suavemente al niño con la trompa, lo coloco cariñosamente sobre el mostrador.. (Pag. 71.)

ma con la trompa y la apartó a un lado, hizo lo propio con la segunda, y así sucesivamente con todas hasta que dejó el camino expedito para que pasase toda la partida de cazadores. La mujer de un conductor de elefantes tenía por costumbre dejar su hijo al cuidado de un elefante que le quería mucho. El elefante estaba atado por una pata con una cadena a una gruesa estaca clavada en el suelo, y el niño era pequeñito y, por lo tanto, revoltoso e inquieto, pero como el elefante se daba perfecta cuenta de que si se alejaba fuera de su alcance no podría atraerlo por estar atado, tenía muy buen cuidado de no dejar que se alejase. En cuanto el niño jugando en el suelo se distanciaba un poco, el elefante lo cogía con la trompa y lo traía suavemente más cerca. Este caso no tiene nada de extraordinario. Nosotros los elefantes, con ser tan grandes, que imponemos respeto a los animales más fieros, tenemos predilección por los seres pequeños y les toleramos todo. ¡ Por ahí andan muchos amigos míos con las orejas más grandes que mi abuelo, que hacen de niñera jugando con los chicos y llevando sus cochecillos, sin que jamás hayan dado el menor motivo de queja a los padres! Pero, ¡ ay! del que nos hace algún daño a sabiendas. Entonces somos más terribles que el hombre más vengativo. Había en la India cierto conductor de elefantes, a quien ya le habían prevenido varias veces que si seguía tratando tan mal al que

tenía a su cargo, llegaría ocasión en que tendría que arrepentirse, pero él se reía del consejo y muchas veces causaba al pobre animal dolor innecesario, hasta que una vez que se había mostrado más cruel que de ordinario, el elefante se enfureció, levantó la trompa y cogiendo a su martirizador, lo arrojó al suelo con gran violencia y lo mató a pisotones. La mujer del muerto, que estaba presente con un niño en brazos, le presentó la criatura, gritando desesperada: «Ya que has matado al padre, mata también al hijo». Pero la furia del elefante se había aplacado después de haber castigado al culpable, y cogiendo cariñosamente al niño con la trompa lo sentó en su cuello en el sitio que antes ocupaba el cruel padre. Los elefantes somos rencorosos y conservamos mucho tiempo el recuerdo de lo que nos hacen. Una vez en una casa de fieras había un elefante muy querido de los visitantes, porque era muy cariñoso con todos y todos le obsequiaban, pero un día se presentó un bromista de mal género, y después de haberle dado una por una varias castañas crudas, le puso en la trompa un paquete de castañas asadas abrasando materialmente, y, como es natural, el elefante se quemó, con gran regocijo del bromista. Al cabo de un año volvió el mismo individuo por la casa de fieras y quiso repetir la broma, pero, apenas le alargó el paquete de castañas abrasando, le cogió el elefante por los faldones de la



levita y lo sostuvo en alto hasta que se rompió el paño y cayó al suelo el burlador burlado, y para colmo de ignominia sacó del bolsillo todo lo que contenía y se lo fué tirando a la cara. Inútil es decir que entonces la gente, en vez de reírse del elefante, se rió a carcajadas del bromista, el cual se alejó de chaquetilla corta, es decir, con la levita sin faldones...

—¡Vaya un chasco! ¡Tiene gracia!

—Bueno, amigos míos — dijo el señor Trompón—, ya se va haciendo tarde y me parece que

se ha hablado bastante. Cada mochuelo a su olivo y cada animal a su madriguera. De todo lo que hemos oído, y no ha sido mucho, se deduce que cada animal tiene su instinto, y que, en este respecto, ninguno vale más que otro. ¡A la cama todo el mundo!

FIN



# BIBLIOTECA SELECTA

Los volúmenes de esta biblioteca, magníficamente ilustrados con numerosas ilustraciones en negro y cuatro cromotipias, pueden distribuirse como premios en los colegios de niños, tanto por su baratura, por el lujo de la impresión, belleza de los grabados en negro y en colores y la bonita encuadernación, como por lo sano e instructivo de su lectura. :: :: ::

## VOLÚMENES PUBLICADOS

1. El Molino de los Pájaros.
2. Corazones dormidos.
3. Flores de Juventud.
4. La vanidosa Alicia.
5. El Espadachín.
6. El heredero.
7. La fuerza del bien.
8. El sueño de Pepito.
9. Juegos y hazañas de animales.
10. Cuentos de Andersen (tomo. 1.<sup>o</sup>).
11. Cuentos de Andersen (tomo. 2.<sup>o</sup>).
12. La cabaña del tío Tom
13. Robinsón.
14. El teatro de los animales.
15. Verdades y fantasías.
16. Mimos de niña.
17. El instinto de los animales.
18. El Amor y la guerra.
19. El Premio gordo.
20. Un ministerio de animales.
21. La Pícara vanidad.
22. Un Charlot del mundo animal
23. Un Experimento del Doctor Ox.
24. Un Drama en los Aires.
25. Por mentir.
26. Rosina.
27. Paquito el explorador.
28. Desconocida aventura de Teresa Panza.
29. El Ángel.
30. Ib y Cristina.
31. El último sueño del roble.
32. El cofre volador.
33. El Tío «cierra el ojo»
34. La virtud del borrico
35. Fábulas de Iriarte.
36. En otros tiempos.